

## VII

La señora Bruchstaedt estaba sentada en su habitación, con los ojos enrojecidos por el llanto, cuando el lunes, después del mediodía, entró su hijo á abrazarla.

El profesor tenía su remordimiento de conciencia.

Había salido con la firme resolución de pasar sólo un día en Aix-la-Chapelle, el domingo, y sin embargo, se había pasado allí hasta el lunes por la mañana, en que se separó de Paula. Su madre se apresuró á salir á su encuentro.

—Te he estado esperando toda la mañana—le dijo después de besarle.

—Ya lo sé, querida madre; pero por ganar algunas horas, no he querido pasar una mala noche.

La señora Bruchstaedt se quedó mirándolo; pero el profesor se volvió y comenzó á vaciar la maleta.

—¿Y bien?—preguntó la anciana después de unos instantes de silencio.

—Todo ha concluido—contestó sin interrumpir su tarea.

—¿Te has librado de ella para siempre?

—Madre, ¿no te he dicho que todo ha concluido? No hablemos más de eso; procura olvidarla, á fin de que recobres tu tranquilidad tú y yo también.

La madre guardó silencio; pero no se sentía completamente tranquila.

Los días siguientes esperó con particular atención la llegada de los correos. La buena señora sacaba por sí misma las cartas del cajoncito empotrado en la puerta de la calle y examinaba con desconfianza todas las que llevaban el sello de Alemania. Miraba en los sellos de dónde procedían, y algunas que le resultaban dudosas, hasta concluía por olerlas.

Durante cinco meses no llegó ninguna carta que inspirara la menor sospecha á la madre del profesor.

Éste, que en un principio había temido, y no sin razón, que Paula no se resignaría á dejarlo por mucho tiempo tranquilo, comenzaba á creer que se había equivocado una vez más respecto á su amante, y ya comenzaba casi á no preocuparle en mucho aquella cuestión, cuando el 21 de Septiembre recibió la siguiente carta:

«Mi adorado Gustavo:

¿Tú sabes qué día es el día de hoy? ¿no te acuerda nada esta fecha? ¿recuerdas que hoy hace un año que te vi por primera vez? ¡qué recuerdo!

Te veo todavía, de pie delante del hotel, dirigiendo hacia nosotros tu hermoso semblante; me mirabas con cierta extrañeza, y saludaste á tus amigos con sumo afecto, mientras á mí lo hiciste con frialdad; comprendí desde luego que mi destino estaba ligado al tuyo y sólo pensé en despertar con el lenguaje de mis ojos el amor en tu corazón para vencer tu indiferencia. Mi deseo no tardó en verse realizado; pero seguidamente sentí otro; el de que fueras mío para siempre. Tú lo sabes, amado mío. Y tú también lo sientes, sí, también lo sientes, quizá sin darte cuenta de ello. Nos pertenecemos mutuamente, y mientras estemos separados no haremos otra cosa que sublevarnos en vano contra nuestros destinos. Ya ves, Gustavo mío, como estoy sujeta por cadenas de hierro; yo no te pido que vengas á verme; siempre he creído y sigo creyendo que lo harás por propia voluntad, porque tú, también tú, al estar privado de Paula, sientes la aspiración de ella como ella siente la tuya. Yo he esperado inútilmente. Has tenido bastante fuerza de voluntad para vivir sin saber de mí durante seis meses; te admiro, pero no me siento capaz de semejante heroísmo. Tú estás muriendo de privación y deseo; yo también; ¿por qué hemos de ser así? ¿por qué mortificarnos de tal manera? ¿por qué esos temores, esas dudas, esas esperanzas? Te voy á hacer una confesión que no debería hacerte. Has de saber, Gustavo, que te conozco mejor que puedas conocerte tú mismo. Tú eres una naturaleza

que se contrae ante la dicha; tú no haces nada por alcanzarla, y hasta te he de empujar para llevarte á ella. Pero sé que debes hacerlo y procuraré por mi parte poner cuantos medios sean necesarios para que lo consigas. Al principio es posible llegues á incomodarte; pero una vez hecho, tu reconocimiento para conmigo será eterno. Estoy decidida á dejar esta casa é irme á vivir á Bruselas. ¿Te asusta esto, Gustavo mío? Después de todo, no puedes impedirlo. Yo tengo el derecho de vivir donde lo tenga por conveniente, y cuando yo esté en Bruselas ya verás las cosas bajo un prisma diferente. Ya sé lo que debo y estoy obligada á hacer: ¿cuál es tu opinión, adorado mío?»

Al concluir la lectura de las anteriores líneas, Gustavo se sintió con el corazón oprimido. Abarcó de una sola mirada todas las consecuencias que había de acarrearle necesariamente la estancia de Paula en Bruselas. En primer lugar, tenía que renunciar á la esperanza de disfrutar, ni por un solo momento, de libertad, y en segundo, que resultaría condenado á una prisión constante y á la falsedad y al embuste continuo. Intranquilidad en su casa, escándalo público, desesperación de su madre, tales serían, entre otros muchos, los resultados inmediatos si llegaba á realizarse lo que Paula intentaba. Tratar de disuadirla, tenía el convencimiento de que era rabajo perdido; sorda para toda advertencia lógica y razonable, aquella mujer no tenía

más ley que su capricho y no admitía más razón que la del sofisma en que basaba todos sus argumentos.

Gustavo le escribió al día siguiente:

«Mi adorada Paula:

»Tu carta del 19 del corriente viene á despertar-me del sueño al que estaba entregado hacia seis meses. Tanto uno como otro, hemos apartado la vista de la realidad y vivido en un mundo encantado. Esto no puede continuar. Tú crees obrar muy lógicamente al decidirte á vivir en Bruselas, pero sería un crimen, por mi parte, el consentir que tomaras una determinación que inevitablemente sería causa de nuestra mutua ruina. Tú has olvidado, por lo visto, mi situación, no obstante habértela explicado hace seis meses. Una vez más, y aunque esto resulte para ambos muy doloroso, quiero hablarte con toda franqueza. No podemos continuar viviendo en este estado de *temor*, de *duda* y de *esperanza*. Te lo digo, aunque esto me cause mucha pena. Paula, es imposible que me pertenezcas; el destino se opone á ello.

»Me confieso culpable de una falta que no tiene perdón. Después de lo de Magdeburgo, tú creías haber encadenado para siempre tu destino, y por eso te ha causado semejante extrañeza el ver que nuestras relaciones hayan tenido un fin trágico. En Colonia todavía abrigabas el firme convencimiento

de que nuestra entrevista podría servir para marcar un término á nuestras relaciones; pero hasta el 24 de Marzo no debías esperar nada ni formar, por lo tanto, juicio de ninguna índole; en esto consistía nuestro formal y solemne convenio.

»El 23 y el 24 de Marzo sufrí lo que no es posible haya sufrido jamás hombre alguno en esta vida: no sé si hoy sufro tanto como entonces; hay dolores que ningún mortal puede resistirlos dos veces de un mismo modo. Después te escribí la carta que debía y que me dictaron mi conciencia, mi razón y el conocimiento que tengo de mí mismo. Había con aquella carta destruido un capítulo de mi vida, destrozado una parte de mi existencia presente y otra de mi existencia del porvenir; pero la cosa estaba hecha, en virtud de una necesidad inexorable, y no era posible intentar siquiera procurarle remedio.

»Conste, pues, que he cometido una falta que es posible constituya la desgracia de dos personas. Tú no puedes perdonármela, ni yo tampoco me la perdono. En vez de ser un hombre, como estaba obligado á serlo, fui un ser débil y miserable. En aquel momento no vi más que tu dolor; no me acordé del porvenir; no se me ocurría más que una idea: tranquilizarte dándote esperanzas. Y por esto he hablado y obrado de una manera que no podía menos que despertar en ti ilusiones, y nos hemos colocado insensiblemente, tanto el uno como el otro, en una situación completamente falsa.

»No trato de excusarme, porque sabía que no podíamos pertenecernos jamás y no tenía derecho á esperar que cambiaran las circunstancias.

»Criatura ardientemente adorada, te suplico una sola cosa, que no busques en ti la causa de mi renuncia: no reside en tu manera de ser ni la justifica ningún motivo por tu parte. Nuestra separación obedece única y exclusivamente á una serie de circunstancias, de las que ninguno de los dos somos responsables.

»Si después del 24 de Marzo yo no hubiera sido débil y miserable, hoy todo habría concluido. Tú haría mucho tiempo que habrías recobrado la tranquilidad, y ahora, con mi desdichada conducta, en vez de un solo golpe mortal, son dos los que recibimos.

»Paula, hay una cosa que no puedo dejar de confesarte: es imposible que resultemos indiferentes el uno para el otro; hay entre nosotros lazos que no pueden romperse; mientras prosigamos nuestra peregrinación por la tierra, querremos pertenecernos de algún modo. Tú te sublevarás necesariamente ante la idea de no ver en mí otra cosa que un hermano, y sin embargo, es preciso que te acostumbres á esta idea. No rechaces un amor y una felicidad que no te sería fácil ni quizá posible encontrar en esta vida, y que mi esperanza de recompensa, sin egoísmo de ningún género, sólo anhela concederte su apoyo y su protección. Tú tienes necesidad de una y otra cosa; ¿por qué no has

de querer que el hombre que ama como nadie puede hacerlo en este mundo te preste su apoyo y su protección?

»Tristes momentos nos esperan, pero tú triunfarás; es preciso que cumplas tus deberes en esta vida: ya puedes comprender lo que con esto quiero decirte.

»Paula, maldíceme, recuérdame con horror, desprécíame, y cree que soy sumamente desgraciado.

»Eternamente tuyo,

»Gustavo.

»Posdata—. No puedo dejar de hablar contigo; necesito decirte todavía algunas palabras. Creo que lo mejor será que no te moleste con más cartas, puesto que desde el momento que en ellas no se me hace posible decirte otra cosa que lo que en ésta te repito, no me cabe la menor duda que sólo han de servir para molestarte; por lo tanto, suspendamos de nuevo nuestra correspondencia hasta que concluyas por encontrarte completamente tranquila. Es preciso acabar con nuestras costumbres de cariño y dulzura. Á no dudarlo, al principio, esto hubiera parecido espantoso, y hasta creo que hubiera resultado fuera del alcance de nuestras fuerzas; pero se soporta, sin embargo, y pasados algunos meses se extraña uno mismo de haber podido resistir semejante privación »

Amaestrado por la experiencia, Gustavo creyó prever, desde luego, lo que iba á suceder. Paula solicitaría una entrevista, procuraría conmoerlo de nuevo, pero él se resistiría y concluiría por no hacer vergonzosas concesiones. De cualquier modo, iría á la oficina de telégrafos y diría que le enviaran á la Universidad, en vez de hacerlo á su casa, los despachos telegráficos que durante tres días se recibieran para él, pues no quería que su madre se inquietara con telegramas enigmáticos.

Paula debía haber recibido su carta en la mañana del 24 de Septiembre. Este día, un jueves, Gustavo, sumamente nervioso, lo pasó en su laboratorio, esperando con ansiedad noticias; pero corrieron las horas, llegó la noche, y no sucedió nada. Al acostarse se sentía más tranquilo que los días anteriores. Por esta vez, gracias al cielo, se había conformado; sin duda, se había resentido su amor propio; sentiría, á no dudarlo, un profundo dolor, pero la mortificación sería mayor todavía. Aceptaba la despedida, lo cual quería decir que desistía de la lucha. Se quedó durmiendo con la tranquilidad del hombre á quien le quitan un gran peso de encima.

Al día siguiente acabó por creer que había pasado el peligro, porque si hubiera querido tomar una resolución, lo habría hecho tan luego como leyó la carta. El día se pasó sin recibir ningún despacho telegráfico; lo único que podía temerse era una tormenta epistolar, á la que, después de todo,

no faltaría modo de encontrar defensa. Durante toda la mañana estuvo trabajando en su casa, y después de la comida, que la señora Bruchstaed, fiel á sus costumbres provincianas, hacía que se sirviera puntualmente á las doce, se encaminó, sin prisa, á la Universidad, por ver si por acaso había llegado algo. Entró en la habitación del portero, pero antes que hubiera tenido tiempo de dirigirle la palabra, éste se apresuró á entregarle un telegrama. Gustavo lo abrió un poco aturdido y leyó: «Llego á Bruselas á la una cincuenta.—*Paula.*»

Al profesor se le cayó el despacho de las manos. Aquello no era posible. ¿Cómo podía ser de Berlín? Examinó con más detención el telegrama, y vió que no había sido expedido en Berlín, sino en Colonia, á las ocho y cinco minutos de la mañana. Todo se explicaba perfectamente. Al recibir la carta de Gustavo, por toda respuesta había tomado aquella misma noche el tren con intención de notificarle su resolución al llegar á Colonia, á fin de que no tuviera tiempo ni modo para disuadirla de su propósito.

Era cerca de la una y media; apenas si le quedaba tiempo para tomar un coche y una habitación en uno de los hoteles de los alrededores de la estación del Norte y correr al ferrocarril, á fin de llegar algunos minutos antes de la hora fijada. ¡Qué criatura tan molesta y peligrosa resultaba Paula! ¿Quién podía calcular de lo que era capaz aquella mujer, á quien no había forma posible de poder

dominar? ¡Cuántas locuras no le sugería aquella pasión! ¡De semejante mujer había que temerlo todo!

Gustavo no pudo continuar por mucho tiempo haciéndose estas reflexiones, porque el tren llegó á la estación; algunos instantes después bajaba Paula de uno de los coches. Estaba, como siempre, vestida con exquisito gusto, y el equipaje era, como de costumbre, numeroso. Avanzó con paso firme, hasta llegar á Gustavo, y se cogió á su brazo. Tenía la mirada serena y tranquilo el semblante. Sin pronunciar una sola palabra, se dirigieron á un carruaje, y cuando estuvieron instalados en él, dijo la joven con acento tranquilo:

—¿Te ha extrañado esto, Gustavo?

—Ha sido una locura, Paula. ¿Cómo te has atrevido á dar este paso?

—De un modo muy sencillo. Cuando mi sentimiento es tal que no lo puedo resistir, y diez y siete horas de ferrocarril me pueden curar, ó, por lo menos, prestar algún alivio, sería una insensata si no buscara el remedio.

Gustavo, por toda respuesta, dirigió la vista hacia la portezuela del carruaje.

Después de algunos instantes de silencio, Paula añadió:

—¡Qué rara es algunas veces la casualidad! Al llegar anoche á la estación, ¿á quién crees que vi? Á Federico Baerwald. Se dirigió á mí, naturalmente, y me preguntó: —¿Dónde se va, señora?—y

le contesté con una evasiva. No dejaba de mirarme con curiosidad, y no había forma de que se separara de mí un momento; para no perder el tren, necesitaba apresurarme; el profesor me vió acercar el despacho de billetes y me oyó pedir uno para Bruselas. No dijo una palabra, retuvo un momento mi mano entre las suyas, sacudió la cabeza y me amenazó con el dedo. ¡Tanto peor!

Habían llegado al hotel. Gustavo acompañó á Paula á su habitación, después de hablar unos instantes con el criado, que estaba en la puerta.

—¿Has tomado algo en el camino?—le preguntó mientras la joven se sentaba.

—Tomé café en Colonia.

—¿Por junto?

—Por junto.

—Entonces, ya es hora de que te desayunes.

—No tengo apetito.

—Está pedido el desayuno; aquí lo tienes.

Habían llamado á la puerta; el criado entró y puso sobre la mesa una bandeja con una docena de ostras.

Paula dirigió una rápida mirada á la bandeja.

—Bien—dijo—. Con eso me basta; por el momento no quiero más.

—¿Nada más?

—Nada más; luego es posible que tome otra cosa.

Gustavo ordenó al criado que podía retirarse que no llevase nada más.

El profesor continuaba sin poderse explicar el carácter de aquella mujer; había obrado como una loca, y al hablar entonces con él se explicaba como un abogado que discute un asunto de intereses. Entre su conducta emprendiendo de pronto aquel viaje á Bruselas y su actitud después de la llegada, existía un contraste que no era posible explicárselo fácilmente; únicamente podía decirse que la veía tranquila.

Se había sentado en el sofá que estaba junto á la mesa y Gustavo frente á ella.

—¿Que significa tú última carta?—dijo con el tono más natural del mundo.

—Me parece que te he dicho en ella cuanto tenía que decirte—contestó el profesor con acento de contrariedad.

—Pero tú has cambiado por completo en la manera de ver las cosas.

—Yo no he cambiado en la manera de ver las cosas; no he hecho más que repetirte lo que te había dicho hace seis meses.

—¿Y tu ofrecimiento de Aix-la-Chapelle?

—¿Qué ofrecimiento?

—De ser mío; ¿es preciso que te lo recuerde?

—No; si es que no puedes vivir sin mí.

—Pues no puedo vivir sin ti, ya lo sabes.

Gustavo guardó silencio.

—¡Cómo! ¿no quieres cumplir tu palabra, Gustavo?

—La he dado bajo condición.

—Pero tú me has aceptado sin condiciones. Tú me lo debías haber dicho, si no pensabas hacerme tu mujer.

—Paula—exclamó el profesor con acento de dolorosa extrañeza—, me diriges censuras; eso no es obrar lealmente; tú sabes que me había reservado el derecho de no contestarte hasta un plazo fijo; tú eres quien lo ha querido.

—Tú eres un hombre, tú eres un hombre de voluntad y puedes resistir.

Gustavo bajó la cabeza.

—No tienes nada que contestarme. Tienes razón, he sido débil y debiera haber sido fuerte, pero no me verás siempre así, yo te lo prometo.

Paula, durante este tiempo, había tenido en la mano una ostra; sin concluir de comerla, la puso en la bandeja, y continuó diciendo:

—Conque, Gustavo, ¿te separarás de mí?

—No—se apresuró á contestarle—; quiero ser tu hermano hasta la muerte.

—Bien—dijo Paula levantando la voz—, pero eso es un disparate; nosotros tenemos que ser el uno para el otro; no trates de engañarte á ti mismo, soñando ilusiones semejantes.

—¿No tengo el derecho de quererte?

—¿Esa es tu última palabra?

Gustavo hizo, sin mirarla, un signo afirmativo con la cabeza.

De pronto, con el cuchillo que tenía en la mano derecha, Paula se dió un furioso golpe en el brazo

izquierdo; lo hizo con tal rapidez, que tuvo tiempo para darse dos golpes más antes de que Gustavo pudiera sujetarle el brazo, que se levantaba por cuarta vez. El profesor le cogió la mano, cuyos dedos se abrieron sin resistencia y dejaron caer el cuchillo ensangrentado. Paula se reclinó en el sofá con los ojos medio cerrados: parecía haber perdido toda su energía, y aquel ataque nervioso y violento concluyó por un amargo y copioso llanto.

Gustavo le cogió la mano, que la joven dejaba caer con languidez, y examinó detenidamente las heridas. La piel estaba cortada por tres partes, y gruesas gotas de sangre rebalaban sobre la blanca piel del brazo, que parecían rubíes, la piedra favorita de Paula. Afortunadamente no había sido herida ninguna arteria; el profesor creyó, desde luego, que las lesiones no revestían gravedad, y que, por lo tanto, no se hacía preciso llamar á un médico, en cuyo caso hubiese sido difícil envolver el hecho en el secreto.

Le lavó las heridas con el agua del jarro que estaba sobre la mesa, le vendó el brazo con su pañuelo y la llevó á la cama. Paula no oponía á todo aquello la menor resistencia, y se limitaba á llorar en silencio, con el desconsuelo propio de un niño.

Gustavo, después que la hubo acostado, tiró del cordón de la campanilla.

—¿Qué haces?—preguntó la joven con voz débil.

El profesor no contestó.

Pasados unos momentos se presentó el criado.

—Haga usted el favor de ir á la farmacia más inmediata, y que le den á usted una botella de agua fenicada, un poco de algodón y una venda. No es nada—añadió al ver que el criado miraba con extrañeza al lecho.

El camarero no se fijó, afortunadamente, en el cuchillo ensangrentado que estaba en el suelo.

—¿Lo darán sin receta?—se limitó á preguntar.

—Sí, vaya usted.

Mientras volvía, Gustavo se sentó junto al lecho; un silencio profundo reinó durante algunos minutos. Paula extendió la mano derecha, hasta tocar la cara del profesor, y comenzó á acariciarle las mejillas.

Gustavo se separó un poco.

—Mirame—dijo la joven con acento suplicante.

El profesor miró hacia la ventana.

—¿Estás enfadado?—preguntó en voz baja y cariñosa.

—Sí—respondió Gustavo con desagrado.

—¿Es culpa mía el amarte?

—Eso no es amor—replicó el profesor en el mismo tono—; eso es una locura, un crimen. ¿No te has acordado de tus hijas?

—No he pensado más que en ti—suspiró con voz lánguida, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

—Si pensabas en mí, no debías afligirme de este modo.

Y al decir esto el profesor pensaba en las con-

secuencias fatales que hubiera podido tener aquello si, desgraciadamente, hubieran intervenido los tribunales; el hecho se habría dado á la publicidad, su nombre habría salido en los periódicos, cada cual hubiera interpretado el caso á su capricho y entre otros resultados pudiera haber sido uno de ellos el no poder continuar en Bruselas, y es posible que en ninguna otra universidad.

Paula no podía adivinar los pensamientos egoístas que absorbían la atención de su amante en aquellos momentos.

—Ven, dame un beso—le dijo volviendo hacia él su semblante lleno de lágrimas.

Gustavo continuó inmóvil y silencioso en su asiento.

—Gustavo, no estés de ese modo. ¿Qué quieres que haga para contentarte?

—Prometerme tener juicio.

—Te lo prometo.

—No lo harás.

—Sí.

—¿Me das palabra de ello?

—Te la doy.

Se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

Paula le cogió el cuello con ambos brazos, y buscó con ansia sus labios, que Gustavo no apartó por esta vez.

El criado entró con los objetos pedidos.

El profesor quitó el pañuelo con que poco antes vendara el brazo de Paula, y pudo ver que la he-

morragia había concluido; preparó el nuevo vendaje, y cuando terminó la cura vió con satisfacción que Paula comenzaba á dormirse. Se pasó dormitando algunas horas, sin darse cuenta del tiempo; de cuando en cuando abría los ojos y sonreía á Gustavo con aspecto soñoliento y melancólico. El profesor estuvo todo aquel tiempo sentado pacientemente junto al lecho, con una mano sobre la cabeza de la joven, mientras que con la otra le tenía cogida la mano derecha, absorto en sus reflexiones. No podía apartar del pensamiento la escena de que poco antes había sido testigo y las fatales consecuencias que podía haberle acarreado. Poco á poco, sin embargo, aquellos pensamientos tristes y mortificantes fueron desapareciendo, sintió que se apaciguaba la cólera que le había producido la maldad ó la irreflexión con que Paula había obrado al realizar aquel acto de desesperación, y concluyó por olvidarse de Bruselas y hasta del sitio en que se encontraba, para no pensar más que en aquello que había hecho su amante arrastrada por el amor.

En el alma del profesor concluyó por brotar un verdadero manantial de ternura, al mismo tiempo que un profundo sentimiento de piedad por aquella desgraciada, á quien veía tendida en el lecho, bella y pálida, con las huellas del sufrimiento en el semblante, y que suspiraba continuamente con penoso esfuerzo durante aquel, más que tranquilo sueño, casi verdadero letargo.

Comenzaban á extenderse las primeras sombras de la noche. Gustavo miró el reloj; eran las seis y media. Soltó la mano de la joven, lo que hizo que ésta se despertara por completo y se incorporase en el lecho. Gustavo á su vez, se levantó y estiró los miembros entumecidos á consecuencia de una larga inmovilidad.

—¿Cómo te sientes, querida mía?—le preguntó.

—Perfectamente tranquila, adorado mío.

—Es tarde y necesito marcharme.

—¿Me vas á dejar sola?—dijo con acento de tristeza.

—Sí, querida mía, de lo contrario se inquietarían en mi casa; me esperan para comer.

—Pero ¿volverás pronto?

—Tan luego como concluya, y entretanto, tú vas á comer también, ¿no es eso?

—¡Sola!

—Es absolutamente imposible que lo hagas de otro modo; así, querida mía, hasta que vuelva; no tardaré.

La besó; Paula reclinó la cabeza durante algunos momentos en el pecho de Gustavo.

—De modo que puedo irme tranquilo; me has dado tu palabra.

—No es la palabra de un hombre; pero sin embargo, cuenta con ella—le dijo sonriendo con tristeza.

Gustavo, en efecto, no tardó una hora en volver; no obstante el ofrecimiento de Paula, no estu-

vo tranquilo hasta que no entró en el cuarto del hotel.

La encontró sentada en el sofá; un olor de violetas llenaba la habitación; recorrió ésta con una rápida mirada, y pudo ver que se había lavado y peinado y que había hecho honor á la comida.

Le dió un besó.

—¿Cómo te sientes, Paula?

—Bien, Gustavo; ¿podemos salir á dar una vuelta?

—¿Dónde quieres ir?

—Quisiera ver un poco Bruselas; tú sabrás lo que puedes enseñarme esta noche.

La llevó á la plaza del Hotel de la villa, cuya soberbia fachada gótica estaba alumbrada por la luz eléctrica; después se dirigieron á las galerías de San Huberto, que recordaron á Paula el Kaiser-Panage de Berlin. Llamaba su atención cuanto veía, y demostraba sentir una alegría verdaderamente infantil al oír hablar francés, y se paraba delante del escaparate de cuantos establecimientos pasaban. El muestrario de una modista le llamó la atención de tal modo, que no pudo resistir al deseo de ver un precioso sombrero que había despertado su curiosidad. El comerciante era hombre listo é inteligente, y ponía el grito en el cielo cada vez que la joven se probaba uno de los ejemplares de su mercancía; un sombrero, adornado con perlas de Venecia y rubíes y con una sencilla cinta dorada, fué el que más le gustó entre todos: preguntó el precio, y al oír «veinticinco francos» se asustó y

salió corriendo del establecimiento, perseguida por las miradas de dignidad ofendida y de desprecio del dueño del establecimiento.

—Las cosas están aquí más caras que en Berlín —dijo cuando estuvieron en la calle.

Gracias á los encargos que le había hecho, Gustavo hacía un año que de ello estaba bien convencido.

Se mostraba infatigable é insaciable; quería ver todavía otras muchas cosas de Bruselas y entrar en un teatro de opereta situado en las galerías de San Huberto. Gustavo consiguió disuadirla: le hizo comprender que confiaba demasiado en sus fuerzas, y que después de un largo viaje en ferrocarril y lo ocurrido aquella tarde, necesitaba descansar.

Se resistió al principio, pero concluyó por conformarse. Mientras volvían al hotel, Gustavo le dirigió la pregunta que hacía dos horas tenía en la punta de la lengua:

—¿Cuándo has dicho en tu casa que volverás?

—No he dicho nada, no pensaba volver viva —contestó en voz baja.

Gustavo estrechó con el suyo el brazo de la joven para indicarle que no debía recordar ya lo pasado.

—Pero vamos á ver, ¿cuándo piensas marcharte?

—¿Tanta prisa tienes en librarte de mí?

—Paula, ¿por qué dices esas cosas? Es necesario que hablemos de eso; no puedes marcharte esta

noche; necesitas descansar; mañana por la mañana sale un tren muy cómodo; te vas en él y llegas á Berlín á las diez y media de la noche.

—¿Á qué hora sale el tren?

—Á las seis y cinco.

—¿Y qué? ¿Te parece—exclamó con entonación sarcástica—que es demasiado tarde para que emprenda mi regreso?

—Hay otro tren que sale á la una treinta y cinco de la tarde; en él llegas á Berlín á las ocho de la mañana.

—No quiero llegar á Berlín por la mañana.

—En ese caso, sólo queda el tren de las once y diez minutos de la noche, en el que fui á tu casa el invierno pasado.

—Bien; tomaré ese, y con eso te poseeré un día entero. ¡Quién sabe si no será el último que pase contigo!

Habían llegado á la puerta del hotel. Gustavo le cogió la mano á Paula, se la llevó á los labios y depositó en ella un largo beso.

—Ahora, buenas noches, querida mía—le dijo.

Paula lo miró sorprendida.

—¿No subes conmigo?

—No—contestó el profesor con acento firme.

Le dirigió una larga y profunda mirada; después inclinó la cabeza.

—En ese caso, buenas noches, hombre inhumano—le dijo, y se separó de él avanzando despacio hacia la escalera que conducía á su habitación.

Al día siguiente no se presentó muy temprano en el hotel. Cuando entró en el cuarto de Paula ya habían dado las diez; la joven estaba todavía con la bata y sin peinar. Se quejó de un ligero dolor de cabeza y dijo que le sentaría bien tomar un poco el aire.

Gustavo le renovó el vendaje, operación que sufrió Paula por su parte sin pronunciar una sola palabra, y el profesor se quedó convencido una vez más de que las lesiones eran insignificantes; le dijo que estaba libre durante todo el día y que se lo podía dedicar por completo y estar á su lado hasta la hora de la salida del tren. La llevó al Museo Real de Pinturas, porque quería enseñarle el Museo Wiertz; pero ella le contestó que ya había visto bastantes cuadros; en su consecuencia, Gustavo le propuso, y ella aceptó, una excursión á Braine l'Alleux y al campo de Waterlloo; aquel paseo en ferrocarril y en carruaje le agradó mucho. Se mostró, durante todo el día, alegre y animada, de tal modo, que parecía no recordar que aquella noche debía emprender el regreso.

Únicamente, cuando regresaron al hotel, y después que hubieron comido alegremente juntos, dijo á Bruchstaedt, sentándose en sus rodillas y acariciándole el cabello:

—Gustavo, más valía que hubieses hecho que me marchara anoche; has estado hoy tan cariñoso, que voy á tener más sentimiento al separarme de ti.

—No hablemos de eso, Paula—dijo el profesor con acento de súplica.

—Tienes razón, amado mío, tienes razón sobrada. Yo venía dispuesta á morir, y este día me ha dado valor y fuerza para continuar viviendo; llevo el convencimiento de que me amas, y con esto me doy por satisfecha.

Gustavo la abrazó, y durante unos instantes permanecieron sus labios unidos.

—Gustavo, es preciso que sepas de cuánto es capaz el corazón de una mujer que ama; quiero que encuentres la tranquilidad en tu casa y la alegría en el trabajo: te devuelvo tu libertad; sé dichoso sin mí.

—Bien sabes, Paula, que eso no puede ser.

—Sí, lo sé; pero ya que no puedes ser dichoso, vive tranquilo, por lo menos—dijo con voz ahogada, y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Gustavo le besó la mano.

—Otra cosa todavía—dijo Paula después de una ligera pausa—. ¿Qué conducta debemos observar con Baerwald? Sabe que yo he venido á Bruselas, y por lo tanto, que te he visto. Hay que darle una explicación cualquiera.

—No te ocupes de eso, Paula; yo le escribiré y le suplicaré encarecidamente que vaya á verte con frecuencia.

Y después de vacilar unos instantes, añadió:

—Le diré que me dé noticias tuyas, porque tú no querrás, seguramente, escribirme.

—Si tú no quieres, no te escribiré.

—Sí; mejor es que no lo hagamos.

—Es posible que tengas razón —dijo después de unos instantes de silencio.

Al llegar á la estación, Gustavo se disponía á dirigirse al despacho de billetes, cuando Paula lo detuvo preguntándole:

—¿Qué vas á hacer?

—Sacarte el billete.

—Es inútil; tengo el billete de vuelta—replicó sin fijarse seguramente en lo que decía.

—¡Ah! —se limitó á contestar Gustavo.

Paula partió, pero Bruchstaedt debía aún desempeñar una misión molesta: la de escribir á Baerwald la carta prometida. Hizolo así, pero comenzó diciéndole que muchas cosas le resultarían enigmáticas si no se las refería verbalmente.

Le habló del viaje de Paula á Bruselas, que ya conocía Baerwald, manifestándole que aquella mujer había ejercido sobre él, durante un año, un fuerte dominio, que pudo tener para él un final desastroso. Ante las manifestaciones de ternura de Paula—decía Gustavo en su carta—se vió obligado á corresponder, pero finalmente comprendió que aquella situación era intolerable, concluyendo por manifestar á su amante que debían cesar sus relaciones. Aquí referíale á Baerwald la escena del hotel, que Gustavo juzgaba de semicatástrofe, y ante tal situación, dispuesto á recobrar su tranquilidad y á conseguir la de Paula, adoptaba la resolución

de separarse de ella, suplicándole que contribuyera, por su parte, á que aquella infortunada entrase en una situación normal.

Baerwald se apresuró á contestarle en los siguientes términos:

«Mi querido amigo:

»Comprenderás que no me resulta cosa muy agradable encontrarme envuelto en semejante historia—no quisiera emplear estas palabras algo duras—, pero mi amistad para contigo me obliga á concederte semejante servicio, y mucho más si necesario fuera. Al mismo tiempo debo advertirte que no debes sentirte molesto porque emplee un lenguaje demasiado franco—lo que acusaría en ti falta de tacto—, pues ya sabes es mi característica hablar con claridad cuando á ti me dirijo.

»Tu conducta en esa cuestión ha sido imperdonable. Me dices que no amas á la señora Ehrwein, y sin embargo sostienes durante un año relaciones con esa señora, que maldito el honor que te hacen. Creo ver, por lo que dices, que deseas realmente romper con esa mujer; pero si tal es tu intención, ¿cómo es que continúas observando respecto á ella una conducta más digna de un tenor de ópera que de otra cosa? He leído, por habérmelas enseñado ella, las últimas cartas que has enviado á la señora Ehrwein. ¿Cómo has podido escribir semejantes cosas? No alcanzo á explicármelo. Primero le dices que te es indispensable, de todo

punto, separarte de ella para siempre, y á renglón seguido gimes de desesperación y le haces mil protestas de amor y ternura. Quiero creer, en tu disculpa, que ésta sea el azúcar en que pretendes envolverla, para que trague la amarga píldora, pero cuando se administra el medicamento en una forma semejante, ocurre, casi sin excepción, que el remedio no da resultado. Afirmas que quieres poner término á semejantes relaciones; y ¿crees formalmente que con semejante carta se puede conseguir tal fin? La señora olvida la parte en que le dices que es necesario que todo termine, y toma en consideración los juramentos de amor y las explosiones de ternura. De ningún modo conseguirás tu propósito desde el momento en que tiene el convencimiento de que no quieres separarte de ella, pues en la lucha que manifiestas sostener contigo mismo, en vez de ayudarte para que realices tu deseo, lo natural es que procure hacer todo lo contrario.

»Por mi parte, he hecho lo que en mi opinión he debido: he manifestado á la señora la verdad, sin ambages de ninguna índole. Le he dicho que no la amas, y que por nada del mundo te casarás con ella. No ha creído mis palabras, y entonces le he dado á leer tu carta. Se ha confesado vencida: la verdad es que á la infeliz mujer no le quedaba otro camino. La señora Ehrwein da por terminadas sus relaciones contigo; no ha hecho protesta violenta de ningún género; pero no ha podido ocul-

tar que esto le ha causado profunda amargura; decirte lo contrario no sería decirte la verdad. Creo que no tardará en curarse de esta herida, en el supuesto que no vengas, por tu parte, á impedir su curación.

»¡Después de todo, seamos hombres! Si en realidad amas á la señora Ehrwein, haz un esfuerzo y cástate con ella; esta solución es, por otra parte, más digna que la de gemir y sollozar. Pero si, como tú me dices y yo creo, no la amas, no le hagas creer lo contrario, y manifiéstale con toda franqueza tus verdaderos sentimientos. Es necesario que te convenzas de que la situación que encuentras difícil es, por el contrario, sumamente sencilla. La señora Ehrwein se curará de su amor como ya lo está completamente curada de unas ligeras lesiones, y tú te verás libre de todos estos molestos cuidados,

»Por lo tanto, no vengas á echar á perder por tu parte lo que yo estoy arreglando por la mía; no le escribas á esta pobre mujer, diciéndole que la amas con delirio y que sufres por ella lo indecible, y ten el convencimiento de que recobrar su tranquilidad moral es sólo cuestión de tiempo, quizás no mucho.

»No te moleste el que te haya dicho la verdad desnuda. Tenías necesidad de que se te hiciera de este modo.

»Tu antiguo é invariable amigo,

»Federico.»

La carta era realmente dura; pero á Gustavo no le quedó otro camino que doblar la cabeza y confesarse que la había merecido. Después de su lectura sintió como si le hubiesen quitado un gran peso de encima, y respiró con mayor desahogo. Él no le escribiría más, y ella haría lo mismo. Por Baerwald supo que la joven se peinaba, se vestía, recibía y hacía visitas, frecuentaba reuniones, en una palabra, que había vuelto de nuevo á su vida normal. Así se pasaron algunas semanas, y comenzaba á convencerse de que la joven estaba curada de sus dolores morales cuando fué á confirmarle esta su creencia una carta de un amigo, en la que le decía que la víspera de la fiesta de Noél había estado en casa de la señora Ehrwein, y que la había encontrado tan alegre y satisfecha.

El 1.º de Enero recibió una sorpresa que le causó profunda emoción; le entregaron una carta de Paula.

Esta le escribía:

«Mi querido Gustavo:

»Soy mejor que tú; no quiero que concluya el año sin decirte que no te olvido. Ya puedo escribirte, y tú contestarme sin temor de ningún género; ya estoy tranquila, y tú, tú siempre lo has estado. No quiero nada de ti, ni espero nada, ni quiero para mí sólo un recuerdo. No olvidaré nunca, ni quiero olvidar tampoco, que te debo las horas más felices de mi vida. Todo eso pasó.

»Me has ofendido gravemente al confiar nuestros secretos á tu amigo Baerwald. Te hubiera querido más enérgico. Yo esperaba que hubieses tenido el valor de declarar que había sido tuya, como yo lo he hecho respecto á ti. Pero te perdono. De ti puede decirse lo del apóstol San Pedro, que has pecado en buena compañía; espero que en adelante no te avergüences de tu amor. Yo lo he merecido, y eso hace más honor á tu corazón que la frivolidad ó la hipocresía.

»No te digo que te amo, tú no tienes necesidad de saberlo, ni te pido tampoco que me ames; pero tengo el derecho de interesarme por ti, y sé que tú también lo haces por mí. De cuando en cuando te enviaré noticias mías, y tú también me las mandarás tuyas. De este modo sabremos, por lo menos, que no nos hemos muerto y que vivimos en el mundo de la realidad.

»Te estrecho afectuosamente la mano. Eternamente tuya,

»Paula.»

Esta proposición se podía aceptar sin escrúpulo: él sería con mucho gusto su amigo, su hermano. Cambiar cada quince días ó cada tres semanas una carta con ella, no resultaba ninguna carga. Y siguieron escribiéndose en esta forma. Si Paula tenía necesidad de algún consejo ó alguna ligera ayuda, se dirigía á él con toda confianza, y Gustavo, por su parte, tenía una verdadera satisfacción

en complacerla. Pero ninguno de los dos intentó, por su parte, resucitar el amor muerto.

Este cambio epistolar continuó por espacio de algunos años con el mismo afecto ó igual intimidad; pero un día, hacia fines de Septiembre de 1889, Gustavo recibió la siguiente carta:

«Mi querido Gustavo:

»Me caso el día 8 de Octubre con el señor Otto Tillim, abogado: eres el primero á quien doy la noticia; no me pidas explicaciones, ¿no es así? Si en adelante te hablo de usted y en algún tiempo deo de escribirte, no debe llamarte la atención. Nuestra amistad será siempre la misma, y tengo la seguridad de que no llegarás á olvidarme por completo.

»Paula.»

Gustavo leyó esta carta repetidas veces. Diez días antes había recibido otra de ella, en la que le dedicaba unos cuantos párrafos sentimentales, en los que le recordaba que el 21 de Septiembre iba á hacer pronto cinco años que se habían visto por primera vez, y que era la fiesta más solemne que se registraba en su calendario amoroso. Hasta entonces no le había nombrado á Tillim. Y ¡de qué manera tan particular le había dado la noticia!

Su novela había tenido una conclusión lógica y natural. Se sentía dichoso, al observar que se mez-

claba al de su satisfacción un sentimiento vago, no precisamente de despecho, sino más bien una especie de menosprecio de sí mismo.

El profesor, después de algunos momentos de meditación, durante los cuales pasaron con rapidez vertiginosa en revuelto montón innumerables ideas, concluyó por tararear la conocida frase del *Rigoletto*:

*La donna e mobile, qual piuma al vento.*